



★
el
ekeko

edGARDO CIVALLERO

el
ekeko

edGARDO CIVALLERO

Edgardo Civalero (Buenos Aires, 1973) estudió Bibliotecología y Documentación en la Universidad de Córdoba (Argentina). Ha publicado trabajos académicos relacionados con su especialidad (bibliotecas en comunidades indígenas y tradición oral) y ha incursionado en sus otras pasiones: la música tradicional sudamericana y el diseño gráfico. Actualmente reside en España, iniciando su trayectoria literaria con la saga “Crónicas de la Serpiente Emplumada”. “El Ekeko” es su primer paso en la literatura infanto-juvenil.

Civalero, Edgardo

El Ekeko / Edgardo Civalero ; ilustraciones del autor. -
- Madrid : Edgardo Civalero, 2010; Bubok, 2011.

98 p. : il. en color

1. Inmigración. 2. España. 3. Bolivia. 4. Ekeko. 5. Música andina. 6. Sociedad. I. Civalero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civalero, 2010

© de la presente edición impresa, 2011, Edgardo Civalero

Ilustraciones, diseño de portada e interior: Edgardo Civalero

1 CAPÍTULO

Cuando por fin le quitaron el gorrito de lana de la cara, el Ekeko pudo respirar nuevamente.

Nadie se dio cuenta de eso, por supuesto. Ni de que, hasta aquel momento, se había estado asfixiando. Al fin y al cabo, no era más que un muñequito de cerámica.

En casi todas las casas de Bolivia había un Ekeko. Era el duende protector del hogar, el que llevaba la buena fortuna a la familia. Era gordinflón y muy bajito: no medía más de un palmo. Llevaba los brazos abiertos como si fuera a saludar o a abrazar a alguien, y los labios eternamente sonrientes, a pesar de que quizás no siempre estuviera alegre. Solía ir vestido como un campesino: con zapatitos o sandalias de cuero, un pantaloncito común y corriente, un chaleco y un *chullu*, el típico gorro andino de lana con orejeras.

Excepto el *chullu*, que era de lana de verdad, todo lo demás solía estar pintado sobre su cuerpo de arcilla horneada.

La función del Ekeko era muy simple, y, al mismo tiempo, tremendamente importante. Cada familia lo situaba en un lugar destacado de su vivienda y le ataba a las espaldas, al pecho o en los brazos, una serie de alforjas de un tamaño proporcional al suyo propio. Es decir, muy pequeñitas. En esas alforjas, que no eran más que bolsitas de telas de colores, cada miembro de la familia colocaba lo que le quería pedir al Ekeko. Tradicionalmente, si una madre o una abuela querían que en sus cocinas no faltase la comida, colocaban un puñado de granos de arroz, o unas lentejas, o una cucharada de harina, o lo que fuera que preparasen a diario. A veces el Ekeko cargaba con varios paquetitos de alimentos variopintos: fideos de sopa, maíz molido, granos de *quinua*, unos cuantos guisantes secos... Si un padre o una joven trabajadora querían que les subieran el sueldo, por poner otro caso, deslizaban una moneda en una de las alforjas, o bien le amarraban en una manito una reproducción diminuta de algunos billetes. Y si se deseaban cosas más grandes —una casa, un coche, un camión, zapatos, ropa, un rebaño de ovejas, o lo que fuese menester— se compraban las miniaturas de esos elementos y se le ataban al Ekeko en aquella parte de su cuerpo que hubiese quedado libre.

¿Miniaturas? Sí, en efecto. En todos los Andes —pero sobre todo en Bolivia— había ferias especializadas que vendían miniaturas para los Ekekos.

Ofrecían casitas de cerámica, y sandalias y zapatitos de goma, y ropas coloridas hechas de retacitos de tela, y camiones, taxis y motos de arcilla o plástico, y cestitos de mimbre, y alforjas tejidas a mano, y así hasta el infinito. Todo lo que se le pudiera ocurrir a alguien, y lo que no, estaba allí. De esa forma, no habría deseo que no se pudiera pedir al Ekeko.

Los muñequitos solían estar tan abarrotados de paquetitos y bártulos variados que la frase «estar cargado como un Ekeko» se había vuelto proverbial para señalar a los que iban con mucho peso encima. Hay que aclarar que algunos desaprensivos no se molestaban en comprar miniaturas: ponían encima o debajo del Ekeko aquello que le pedían. Así que era común ver a alguno con un billete real colgando del pescuezo, o colocado sobre la foto de un teléfono móvil último modelo, recortada de alguna revista.

Eso disgustaba bastante a los Ekekos. Las tradiciones eran las tradiciones, y señalaban casi a rajatabla que había que ponerles *miniaturas*.

El poder del muñequito era materializar esas miniaturas, hacerlas realidad. Por eso se lo consideraba una especie de dios menor, un geniecillo de la buena suerte y el bienestar.

Pero, por supuesto, no todo era pedir. Entre las obligaciones de la familia anfitriona del Ekeko estaban las de darle de comer, de beber y de fumar todas las semanas.

Por lo general, eso se hacía cada viernes. Se le ponía al lado un vasito con alguna bebida alcohólica, un pedacito de alguna comida que le gustara y algunas hojas de coca. En Bolivia y en muchas otras regiones de los Andes, esas hojitas son muy comunes: la gente las suele masticar para combatir el *soroche* o «mal de alturas». Ese *soroche* es un malestar que sufren los que viven a más de 3.000 metros de altitud, algo común en la cordillera andina, y que suele traducirse en dolores de cabeza muy fuertes y dificultad al respirar. La hoja de coca también sirve para aliviar el cansancio o el hambre, y en realidad no se mastica: se deja a un lado de la boca para que vaya soltando el jugo. Casi como si fuera un caramelo de menta

Además de todo eso, y de hablarle, contarle y pedirle lo que se quisiera, al Ekeko se le daba de fumar.

En su boquita de cerámica, abierta a tal efecto, se colocaba un cigarrillo, y se lo encendía. La tradición establecía que si el Ekeko se lo fumaba todo, era un buen augurio para la semana siguiente. Si, por el contrario, el cigarrillo se apagaba antes de consumirse por completo, era señal de mal agüero.

Otra tradición indicaba que si la familia se mudaba, había que taparle la cara al Ekeko —con su propio *chullu* o con algún paño— y descubrírsele justamente cuando ya se hubiera instalado en la nueva vivienda. Entonces había que mostrarle toda la casa al muñequito, para que supiera dónde estaba y cómo era el espacio del cual tendría que cuidar en lo sucesivo.

Precisamente eso estaban haciendo con el Ekeko en aquel momento. Y la que llevaba a cabo esa especie de «ceremonia de presentación» era Wayra.



La historia había comenzado seis meses atrás. El Ekeko recordaba todo desde el principio porque había sido testigo de una conversación entre los padres de Wayra. Era de noche, ya habían cenado y los tres hijos se habían ido a acostar. La pareja hablaba en voz baja, pero no tanto como para que él no oyese todas y cada una de sus palabras.

—La única solución es irnos, Vali... —había dicho el hombre, adusto.

El Ekeko no entendía lo que quería decir aquella frase tan seria, tan apagada, que casi rozaba la tristeza. La mujer tampoco. Su esposo era de naturaleza alegre, y pocas veces lo había visto con el rostro tan ensombrecido. Quizás cuando perdió el trabajo. Pero no, no había sido para tanto: él era una persona llena de risas y de esperanzas en un futuro mejor, en posibilidades nuevas. Él era el que jamás se había cansado de repetir que cuando una puerta se cerraba, una ventana se abría. ¿Qué le ocurría?

—¿Irnos dónde, Marcos?

—Irnos, Vali... Irnos fuera...

—¿Irnos de La Paz?

—Irnos de Bolivia...

A Valentina —Vali o Valicha, para sus seres queridos— se le derrumbó el mundo encima. Al muñequito también. ¿Irse de Bolivia? se preguntaba la primera. ¿Marcharse de su tierra, del lugar donde había nacido, donde había crecido, donde se había enamorado, donde había tenido a sus tres hijos? ¿Alejarse de los paisajes conocidos, de su extensa familia, de sus amigos, de sus comidas y su música, de los sitios que frecuentaban? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿Y adónde nos vamos a ir?

—A España, Vali...

—¡¿A España?! —exclamó, asombrada—. ¿Y qué vamos a hacer allá?

—Allá hay trabajo, pues... Hay un montón de bolivianos allá, ya lo sabes, y todos trabajan... Siempre encuentran algo que hacer, y pueden ahorrar, y mandar dinero aquí... Además, es el único país de Europa en el que no tendríamos que aprender otro idioma.

—Pero...

—Podemos ir una temporada, Vali, un par de años... Ahorramos lo que podamos, enviamos algo de plata aquí y luego nos volvemos, cuando la situación en Bolivia mejore un poco.

—Marcos, yo...

—Ya sé que es difícil, ya lo sé. Pero aquí, ahora mismo, no hay nada que hacer, como no sea ponernos a vender algo en la calle... Y ya has visto las calles, pues: llenitas están de gente vendiendo cosas, intentando ganarse una moneda para comer, Vali... Eso es pan para hoy y hambre para mañana.

El Ekeko sentía que no quería tener esa sonrisa eterna abierta en su carita. Necesitaba que alguien le dibujara una mueca de desánimo.

—¿Y cómo vamos a hacer para irnos allá? ¿Con qué dinero? ¡No tenemos nada, Marcos! ¡Nada tenemos, pues!

—Mis padres nos van a ayudar. Van a pedir un préstamo para el viaje y para vivir las primeras semanas en España, y luego nosotros se lo devolvemos cuando estemos trabajando allá.

Valentina estaba mareada: aquello le parecía saltar a un profundo vacío. Y los vacíos siempre le habían causado vértigo. Era salir de una situación mala para meterse en una peor, una de la que, además, desconocían todo. Era imposible pronosticar lo que les esperaba en España. Nada sabían de ese país, ni de su gente, ni de sus costumbres, ni de las oportunidades de trabajo, ni de cómo serían recibidos o tratados.

—Marcos, vamos a necesitar mucho dinero para comprar cinco billetes de avión hasta España —intentó razonar la mujer.

Su esposo se quedó callado. Valentina buscó su mirada, pero él la esquivaba, agachando la cabeza. Ella sintió una punzada de alarma en el pecho.

—...porque... vamos a ir los cinco... ¿no?

—No podemos, Vali... Ale y Teresa se tienen que quedar aquí. Ya son mayores. Mis padres se van a ocupar de ellos, pues, y nosotros les enviaremos dinero para todo lo que necesiten. Sólo Wayra puede venir con nosotros, por ser la más pequeña.

—¡No me voy a separar de mis hijos, Marcos! ¿Me entiendes? —masculló la mujer, desesperada—. ¡No me voy a separar de ellos! ¡No me voy a ir a ningún lado sin mis hijos!

—¡Valentina, piensa un poco! ¿Quieres? —insistió Marcos, intentando no levantar la voz—. Si nos quedamos, ¿cómo vamos a pagar los estudios de Ale y de Teresa, si no tenemos trabajo? ¿Cómo vamos a darles de comer a nuestros hijos? ¿Cómo vamos a vivir, pues?

—¡Con un préstamo como el que quieres que pidan tus padres para que nos vayamos a España!

—¿Y cómo vamos a devolver ese dinero? ¿Me lo puedes explicar?

Ella se quedó muda. No, no serían capaces de devolverlo. Si lo hacían, no podrían pagar el alquiler, y se quedarían sin la casa en la que vivían, una

vivienda colgada de una de las paredes del enorme valle del Choqueyapu, allí donde se alzaba la ciudad de La Paz. O no podrían comprar alimentos, o ropa, o libros y cuadernos... Deberían pedir otros préstamos para pagar el primero, y ésa sería una cadena que los endeudaría para el resto de sus días. A ellos, a sus hijos y toda su familia.

El Ekeko se sintió pequeñito y débil. Había llegado a la conclusión de que no era muy poderoso: poco había podido hacer por sus anfitriones en los últimos tiempos, a pesar de que las ofrendas y los pedidos se habían multiplicado. Pensó que su imposibilidad para cumplir deseos —único oficio que sabía y podía desempeñar— hacía que aquella familia debiera plantearse caminos difíciles. Caminos que no hubieran sido necesarios si él hubiera cumplido con su cometido.

Valentina seguía dándole vueltas a aquella situación. Un sueldo en España equivalía, al cambio, a cuatro o cinco sueldos bolivianos. Ella lo sabía. Todos en aquella ciudad lo sabían. Si trabajaban los dos, se sacrificaban mucho, ahorraban todo lo que pudieran y vivían con lo mínimo, podrían enviar a su familia un sueldo español entero todos los meses. Cinco sueldos bolivianos, con suerte. En poco tiempo sus hijos mayores terminarían la secundaria, y ellos tendrían suficiente dinero como para comprarse un lote de tierra en algún sitio y edificarse una casa. Una pequeña, pero toda suya.

Para eso, había que irse. Alejarse de todo y de todos. Distanciarse del mundo y de la gente que conocían.

Abatida, Vali se echó a llorar mansamente. ¿Dónde estaba esa ventana que debía abrirse cuando la puerta se cerraba? ¿Acaso era aquella?

Su esposo, derrotado, la abrazó y le acarició el pelo. El Ekeko quiso cerrar los ojos para no ver aquella escena. Pero no pudo.



Casi seis meses después, Marcos, Valentina y Wayra, su hija de diez años, se subían por primera vez en sus vidas a un avión. Un Boeing 737 de la compañía Aerosur que, despegando del aeropuerto de El Alto, haría escala en el de Viru Viru, en Santa Cruz de la Sierra y los dejaría en el Ministro Pistarini de Buenos Aires. Luego, desde el de Ezeiza, en la misma ciudad, se subirían a otro de Aerolíneas Argentinas que llegaría a Barajas.

Allí aterrizarían, en Madrid, tras treinta horas de viaje y esperas. Y nadie estaría esperándolos. Nadie los recibiría, ni los guiaría, ni les ofrecería una casa, un desayuno, una ducha caliente o una cama para descansar. Ningún amigo, ni el amigo de un amigo, ni el familiar de un conocido. Nadie.

Wayra no entendía nada. O no quería entenderlo. Lo único que le había entrado en la cabeza era que, durante los años siguientes, no volvería a ver a sus hermanos, ni a sus abuelos, ni a sus tíos, ni a sus amigos, ni a sus compañeros de escuela, ni a su maestra, ni su barrio, ni sus calles, ni el perfil del Illimani, ese cerro nevado que recortaba su silueta en el horizonte de La Paz. Ése que a ella le gustaba tanto.

En su bolso, entre sus escasas pertenencias, llevaba varios CDs con la música de sus grupos favoritos. Y allí dentro, con la carita bien cubierta, iba el Ekeko.

CAPÍTULO 2

La «ceremonia de presentación» había sido breve. Muy breve. Un pis-pas, como se decía en España.

—Ésta es la cocina —le había soplado Wayra al oído, mientras lo sostenía a la altura de su rostro moreno y le orientaba la carita para que pudiera apreciar todo aquel espacio. Para lo cual le bastó un vistazo, ya que era diminuto.

¿La pensaron para gente normal o para mí?, se preguntó el muñequito. Pero su expresión no cambió en nada. Aunque, de haber podido, lo hubiera hecho.

—Y este es el salón, ¿ves?

Ya, Wayra, ya... Con estos tamaños, para que entremos todos yo me voy a tener que quedar afuera...

—Éste es el baño —seguía la chica. Medía dos metros por dos. Con suerte.

Cada vez que te bañes, se va a inundar la casa. Y yo no sé nadar, imilla...

«*Imilla*» era una palabra de una lengua indígena boliviana, la aymara, muy hablada en La Paz. Significaba «niña» o «muchacha».

—Y ésta es la pieza de mis papás...

Y ahí se acababa el apartamento.

¿Y tú dónde vas a dormir?

La chica se dirigió al salón —llegó en tres pasos— y se sentó sobre un sofá gastado y ruinoso.

—Y ésta va a ser mi cama —anunció—. No es como en La Paz, ya sé, pero bueno, por ahora es lo que hay. Eso dice mamá...

Ya... Ya veo... Lo siento...

—Nos vas a tener que ayudar mucho —le susurraba Wayra, abrazándolo con ambas manos y mirándolo de frente. Sus ojos, rasgados y oscuros, brillaban bajo el flequillo lacio—. Si nos ayudas y mis papás ganan dinero, podremos volver pronto a La Paz, con Ale, con Teresa, con los abuelos, con los niños del colegio, con los amigos de la vecindad... Podremos volver a ver el Illimani nevado, y pasear por el Prado, o ir a darle de comer a las palomas a la Plaza Murillo algún domingo...

¿Podremos? ¡Podrás tú! ¡A mí nunca me sacan a pasear!

—Así que tú, pórtate bien, ¿ya?

Ya, ya, me voy a poner las pilas...

—Eso sí... Aquí, hojas de coca no te podemos dar, pues... Papá dice que aquí es ilegal, ¿sabes?

¿La coquita, ilegal? Pero... ¿adónde me has traído?

—Aquí dicen que es como droga...

¡«Droga»?! ¡¿Qué dices?!

—Pero vas a fumar como siempre...

No me gusta fumar, Wayra... ¿Es que no lo sabes? No es bueno para la salud...

—...toditos los viernes, pues...

...y ese tabaco barato que ustedes me ponen, para colmo, es un asco, niña... Pero bueno...

—...y no sé si vamos a tener plata para comprarte tu traguito de *singani*...

No me gusta mucho beber alcohol, Wayra, y menos ese singani...

—Tampoco sé si aquí hay *mote* de habas, para que comas...

Ya, ya... ¿Me quieres decir de una vez adónde me has traído?

—...así que tú ayúdanos mucho muchito, ¿ya? Así nos volvemos pronto a Bolivia, pues, y te ponemos hojas de coca, y *singani*, y *mote*, y todo...

La chica se dirigió hacia la única estantería que había en la casa, y allí puso al Ekeko, cargado con sus alforjas. El muñequito se quedó con su última pregunta dándole vueltas en su cabecita de arcilla. Estaban en Madrid de España, según había oído. Ya. Para él, eso era lo mismo que no saber nada. Básicamente, la geografía no era lo suyo.



Le hubiera encantado ver el avión, o los aeropuertos, o asomarse por la ventanilla del Boeing para descubrir cómo era el mundo fuera de una casa, en especial desde esa altura. Pero no fue posible. La tradición decía que tenía que ir con la cara tapada. Así que tuvo que conformarse con el relato detallado que Wayra le hizo días más tarde, mucho después de enseñarle el minúsculo apartamento en el cual vivirían. La chica tenía la costumbre de hablarle al muñequito, de pedirle muchas cosas, de confesarle sus miedos y sus esperanzas. Y el Ekeko la entendía: ella no lograba hacerlo con otra persona. Era muy tímida, y siempre tenía miedo de que los demás se rieran de sus palabras.

—...y nos fuimos en una *movilidad* hasta el aeropuerto de El Alto, con los abuelos, y los tíos, y Ale, y Teresa... —contaba la chica.

Una *movilidad* era una especie de transporte urbano de pasajeros de La Paz. Eran pequeñas furgonetas que cubrían recorridos fijos por un precio mínimo. Eso no lo sabía el Ekeko, y probablemente se quedara con la duda por un largo tiempo.

—Teresa iba llorando, y a mí me dio mucha pena. Yo tenía muchas ganas de llorar también, ¿sabes?, pero mamá me dijo que me aguantara para que los abuelos, y los tíos, y mis hermanos no se pusieran más tristes... Pero a mí no me hubiera importado llorar, ni me hubiera dado vergüenza, porque estaba triste de verdad, y cuando una está triste es normal que llore, ¿no?

Sí, supongo que sí, aunque yo de lágrimas no sé nada... Cuando estoy triste me tengo que aguantar, como tuviste que hacer tú.

—Y en el aeropuerto Teresa me abrazó fuerte, que parecía que no quería soltarme ni dejarme ir, y lloró mucho... Y a mí me dio más tristeza todavía, pero mamá me miraba y yo me acordé que tenía que hacerle caso, y me aguanté... Y Alexis también me abrazó, y me regaló el último CD de Los Kjarkas...

¡Ah! Eso sí que está bien... Me gustan Los Kjarkas...

—...y me dijo que era para que lo escuchase aquí en España y no me olvidara de ellos ni de Bolivia, y para que volviera pronto...

Si me pones Los Kjarkas todos los días, prometo trabajar mucho y traer muy buena suerte, ¿ya?

—...y luego me despedí de la abuela Carmen, y del abuelo Martín, y de mis tíos y tías, y de mis dos primos, y fuimos a un lugar donde nos pasaban las cosas por una pantallita para ver lo que llevábamos dentro...

Hmmm... Esa magia me interesa... ¿Dónde se compra?

—... y después esperamos en una sala llena de sillas y de altavoces que iban diciendo los vuelos que salían... Y así hasta que nos subimos al avión...

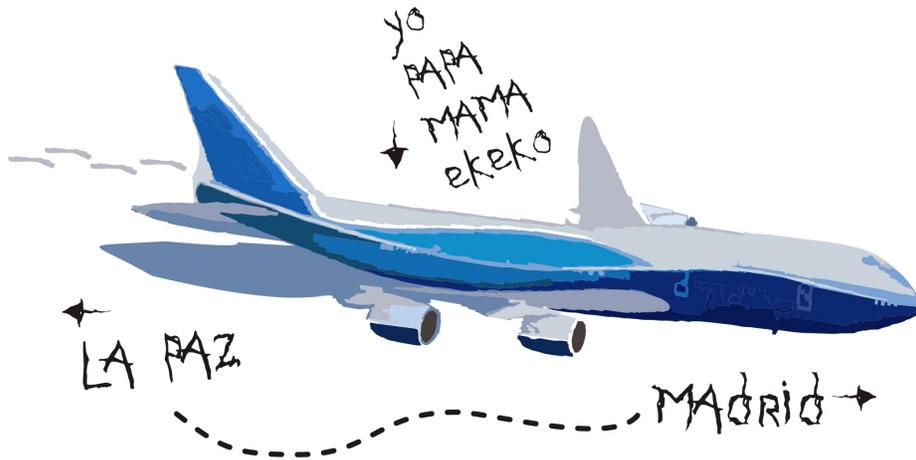
¿Era grande? ¿Era lindo? ¿Cómo era?

—Y el avión, la verdad, no era la gran cosa, no... Era chiquito, y estaba un poco sucio, y olía raro, como a encierro. Y la gente iba muy apretada, en filas de a tres. A mí, mis papás me dejaron el sitio de la ventanilla, para que pudiera ver todo y se me pasara un poco la tristeza.

¿Y después?

—Esperamos un rato ahí, quietos, y entonces el avión se empezó a mover. Se puso a corretear por una pista que estaba llena de luces que destellaban, ¿sabes?

No, no sé...



—...y entonces el avión empezó a ir cada vez más rápido hasta que se inclinó con el morro hacia arriba y despegó. Y ahí sentí como que la panza se me venía a la boca...

Yo no sentí nada de eso.

—...y despegamos. Y no pude ver nada porque el cielo estaba nublado, y lo único que se veían eran las nubes. Pero, así y todo, era bien bonito... Las nubes vistas desde arriba son hermosas, de verdad... ¿Será que ahí viven los ángeles?

Vaya a saber... Yo a las nubes las vi una sola vez...

—Y mi mamá iba muy nerviosa. Trataba de disimular, pero iba con las dos manos agarradas a los brazos de la butaca, así, muy fuerte, ¿sabes? Y cuando llegamos a Buenos Aires tuvimos que salir del aeropuerto, tomarnos un bus que nos llevó hasta otro aeropuerto que quedaba bien lejos, y allí nos quedamos esperando un montón de horas...

¿Te aburriste? ¿Paseaste por el aeropuerto? ¿Te diste cuenta de que yo me estaba asfixiando, con el chullu en la cara tanto tiempo?

—...y yo tenía mucha hambre, pero no compramos nada para comer porque llevábamos poco dinero... Y fui a unos baños que estaban bastante limpios, y después paseamos por unas tiendas que vendían revistas, y libros, y recuerdos de la Argentina... Pero no compramos nada. Y después nos subimos a un avión más grande que el anterior, y ése nos trajo a Madrid... El vuelo duró como doce horas, y yo me dormí un buen rato, pero me despertaba cada dos por tres, cuando había turbulencias...

Eso sí que lo sentí, pero pensé que estabas jugando con tu mochila...

—...y me mareé bastante...

Y yo. Si los Ekekos pudiéramos vomitar, yo lo habría hecho.

—Y cuando llegamos al aeropuerto de Barajas, unos guardias les hicieron un montón de preguntas a mis papás, sobre por qué venían a España, si tenían

trabajo, que dónde iban a quedarse y eso... Y mi papá, que era el que respondía las preguntas, estaba muy nervioso, y mi mamá me abrazaba y no se separaba de mí. Y después me enteré que si no respondías bien esas preguntas no te dejaban entrar al país y te mandaban de vuelta al tuyo, o te detenían por ser inmigrante ilegal, o algo así...

El Ekeko permanecía en silencio. Aquello le parecía bastante cruel, pero supuso que las leyes eran las leyes.

—Y bueno, salimos del aeropuerto y era temprano por la mañana, y mi papá tenía anotada una dirección en un papelito, de estos apartamentos, que le habían dicho unos amigos en La Paz que los alquilaban sin mucho trámite a extranjeros inmigrantes, y que no hacían preguntas como en el aeropuerto ni nada.

Ya veo...

—Y como no conocíamos la ciudad, nos perdimos varias veces... Y yo estaba muy cansada, y tenía hambre, y ganas de ir al baño, y mi mamá seguía muy nerviosa, y mi papá tenía ojeras y los ojos rojos... Y casi no hablaban entre ellos, ni conmigo, y cuando lo hacían, era como si estuvieran enojados, o irritados, ¿sabes?

No era para menos, niña... Hasta yo me hubiera desesperado...

—...y a mí no me gusta cuando se ponen así, y me sentí más triste de lo que estaba... Y la ciudad no me gustó: no tiene montañas, como La Paz, y la gente es bien distinta de la de allá, en casa... Y nos subimos a un metro, que es un tren subterráneo, y la gente iba muy apretada, y nos miraban raro, pues...

¿Será que nunca habían visto a alguien de Bolivia antes?

—...y mis papás seguían serios y callados. Bueno, *siguen* serios y callados todavía, ¿sabes? Yo creo que extrañan mucho a la familia y a nuestra casa de La Paz y todo... Igual que yo...

La chica se secó una lágrima.

No llores, Wayra... Vamos a volver pronto a casa, cuando solucionemos todo...

—No me gusta esto... No quiero estar aquí... Ayúdanos, ¿ya?

Ya.

3 CAPITULO

Era viernes, y, como mandaba la tradición, el Ekeko fumaba.

Argghhh...

Habían pasado dos meses desde su llegada, y seguía en el mismo estante del mismo apartamento diminuto.

Puajji... ¡Que alguien me quite esto de la boca...!

En la vivienda no había nada nuevo. Un par de cacharros para cocinar, algunos productos de limpieza y aseo y poco más.

Es una tortura... Y para colmo no puedo toser...

Wayra no había podido escuchar su música porque no tenía donde reproducir los CDs. Su padre había conseguido una radio pequeña, a pilas, con la cual podían oír algo. Pero no era lo mismo.

Además, el humo me irrita los ojos, y no puedo refregármelos... Ahhh...

Vali había encontrado trabajo como limpiadora de casas gracias a una vecina, también boliviana, que la recomendó a la amiga de una amiga. Marcos trabajaba como albañil gracias al marido de esa misma señora, que era peruano y se desempeñaba en ese oficio.

«Fumar puede matar»... ¿Es que no saben leer lo que pone en la cajetilla de cigarrillos...?

Marcos jamás había trabajado como albañil, de modo que tuvo que aprender rápido. Lo mismo que hicieron muchos inmigrantes para poder ganar un sueldo. A las dos semanas tenía las manos destrozadas, igual que su esposa. También las piernas, dado que iban caminando a sus lugares de trabajo, que quedaban a más de cuarenta calles de su vivienda, para no gastar en transporte.

¿Por qué me torturan de esta manera? ¿Porque lo dice la tradición? ¡Olvídenla, yo no me voy a ofender!

En realidad, no querían gastar en nada. Comían lo mínimo, y ahorran casi todo. El único «lujo» que se permitían eran tarjetas telefónicas para llamar a Bolivia desde un locutorio y hablar, todas las semanas, con su familia.

Y encima, claro, con esta cara sonriente, nadie se va a dar cuenta de que estoy disgustado... Arghhhh...

Wayra había pasado las dos primeras semanas en casa, sola. A veces jugaba con la hija de los vecinos, que tenía tres años menos que ella y apenas si recordaba cómo era Bolivia. Sin embargo, ella no hacía más que hablar de su casa, de sus hermanos, de sus amigos, de su calle, de su escuela, y de la música andina que tanto le gustaba.

*Si los otros Ekekos se enterasen de que no me gusta fumar, ni beber...
¡Ufff...!*

Luego Wayra había comenzado a ir a la escuela. Y eso, para ella, había sido mucho peor que el viaje.

¿Y si además se enterasen de que no puedo cumplir todos los deseos que me piden? ¡Uy, sería la oveja negra de los Ekekos! ¡Me expulsarían del gremio!

En la escuela, la profesora de lengua había intentado —sin éxito— que pronunciara las «c», las «z» y las «s» como los niños españoles. El de conocimiento del medio se exasperaba porque Wayra desconocía la geografía y la historia españolas, y porque las confundía con las de Bolivia. Y la de naturales sabía muy poco de lo que le contaba la chica sobre la fauna y la flora boliviana, e intentaba que aprendiese lo que era un roble, un chopo, un buitre leonado o un topillo.

O quizás me mandarían a una escuela para Ekekos fracasados...

Pero eso no había sido lo peor de todo.

...aunque yo no me considero un fracaso, cof, cof, cof...

Lo peor había sido que no podía hacer amigos. Todos sus compañeros la miraban como a una extraña. Y ella, tímida por naturaleza, no sabía cómo solucionar aquel problema.

Uf, por fin se terminó el cigarrillo... Ahora, un poco de paz hasta el próximo viernes...

Y no era que a Wayra no le gustara jugar, o no se riera como los demás, o no quisiera charlar. No, ése no era el problema.

No, no soy un fracaso. Sólo soy diferente, eso es lo que pasa.

El problema, el único problema, era que Wayra era diferente.

Diferente. Nada más. ¿Hay alguna escuela para Eekos diferentes?



Habían pasado siete meses desde su llegada a España. Wayra ya había cumplido sus once años. El Ekeko había querido aplaudir, pero no había podido: tenía los brazos invariablemente abiertos. Pero por lo menos, su carita

pintada de felicidad le había sido muy útil para la celebración, una fiesta a la cual sólo asistieron algunos vecinos.

Era de noche. La familia estaba cenando.

—Wayra, hija, tienes que esforzarte más en el cole, ¿ya? —decía la madre, enfadada. La chica estaba cabizbaja—. No quiero que tu tutora me vuelva a llamar otra vez. Ya van cuatro...

—Mamá, yo hago lo que puedo, pues... Pero no entiendo lo que me explican...

—Pues alzas el brazo y preguntas, hija —repuso Marcos.

—Ya, papá, pero me da vergüenza. Luego algunos niños se ríen de mí, y me llaman borrica. Ya muchos se ríen de mí todo el tiempo, por cómo hablo, por cómo voy vestida, por mi cara, por mi pelo, por todo...

En efecto, algunos se reían. De todo.

Del lugar donde vivía, por ejemplo. La casa de Wayra quedaba a quince calles de la escuela, así que, para llegar a ella, debía soportar una caminata diaria de más de un kilómetro. O más de dos, si se contaban la ida y la vuelta. Nadie vivía tan lejos, ni en una barriada tan pobre. Y a los que vivían a una distancia mediana los acercaban sus padres en coche.

De su mochila también se reían. Llevaba la única que le habían podido comprar: una de color azul eléctrico, sin ninguna marca particular que la distinguiera.

Se burlaban de sus cuadernos. Eran sencillísimos, casi aburridos, y debía ser cuidadosa y aprovecharlos bien hasta fin de año. Tenía que escribir apretadito y hacer los dibujos en pequeño para que no hiciera falta comprar otros, ya que sus padres no querían ponerse en más gastos.

Wayra hubiera querido tener *hobbies*, como en La Paz, para al menos tener algo en común con sus compañeros, algo que compartir, algo sobre lo que hablar, algo que ayudara a que no la consideraran un «bicho raro». Hubiera querido saltar una comba, ver películas en la tele, recortar revistas viejas para intercambiar fotos de cantantes famosos con sus amigas, escuchar la música de sus CDs, pasear o simplemente caminar... O visitar a su abuela Carmen para que le contase historias indígenas de cóndores y niñas pequeñas, usando palabras de la lengua aymara... O dibujar, algo que adoraba por encima de todas las cosas: dibujar paisajes, y personajes de cuentos, y animales, y coches...

Pero no podía. Y, aún de poder hacerlo, no estaba segura que todo eso le interesase a alguien.

—Tú no hagas caso de los niños y presta atención en clase, ¿ya? —dijo la madre, cortante. Wayra asintió. Sabía que eso sería imposible, pero ¿qué les iba a explicar a sus padres, preocupados como estaban por otras cosas? Llegaban agotados todos los días, y apenas si la ayudaban con las tareas, o si le prestaban un poco de atención. No era como en La Paz. Allá, su madre se sentaba con ella por las tardes y la acompañaba a hacer sus deberes. En Madrid no. No tenía tiempo. No tenía ganas. Estaba cansada, decía ella. Lo mismo que su padre.

Las noticias que llegaban de Bolivia no eran las mejores. Sus hermanos, sus tíos y sus abuelos les habían escrito un par de cartas. Decían que había muchos problemas, que la situación iba de mal en peor, y que el dinero que enviaban los estaba ayudando mucho. Que quizás en unos años las cosas fueran mejorando, y pudieran volver, y comprarse un terreno en El Alto para poder construir una casa, como siempre habían soñado. Pero para eso faltaba bastante.

Eran noticias descorazonadoras. El regreso se veía cada vez más lejano, más imposible, más difícil... Wayra, a veces, se preguntaba si realmente volverían algún día.

El Ekeko se había estado planteando la misma cuestión.

Al día siguiente, la muchacha colocó, prendido de una de las alforjas del muñequito, un pequeño mapa de Bolivia. Era la silueta del país recortada en un papel usado y pintada con los colores de la bandera boliviana: tres franjas, una roja, otra amarilla y la de más abajo, verde.

—Es para que volvamos pronto, ¿sabes? —le dijo al Ekeko.



Para fin de año (y del primer trimestre de su segundo curso en España), nueve meses después de su llegada, Wayra se había visto forzada a hacer un trabajo en equipo. El profe de conocimiento del medio había armado grupos de a dos a la fuerza, emparejando a los alumnos por orden de lista. A ella, a Wayra Choque —un apellido de origen aymara que, para no perder la costumbre, causaba muchas burlas— le había tocado trabajar con Marco. Marco D'Alessio.

La verdad sea dicha: Marco no era alguien sobre el que se pudiera contar algo interesante. En realidad, ni siquiera él reseñaba algo importante o atractivo sobre sí mismo. Para el resto del universo, eso era una señal inequívoca de que vivía una vida un poco gris. A la hora de contar esa vida, Marco tardaba exactamente medio minuto: decía que tenía 11 años, que estaba

en quinto de primaria, que no le gustaban ni mates ni lengua, que era del Madrid (aunque no veía muchos partidos), que no practicaba deportes, que su padre era italiano, que no tenía *hobbies*, que no le gustaba mucho leer (en realidad no le gustaba nada de nada, pero él disimulaba), que tampoco lo entretenía la Internet o los videojuegos, y que pasaba mucho rato viendo tele, aunque también lo aburría enormemente (pero eso último se lo ahorra, porque no era cuestión de quedar como una persona *tan* sosa).

En definitiva, y como bien apuntaba su hermano mayor, Marco era “un ente”. Ante esa acusación tan grave, él no se defendía: eso también lo aburría. Se limitaba a encogerse de hombros (un ademán muy común en él, que le permitía ahorrarse palabras y no malgastar energías en cosas innecesarias) y seguía haciendo lo que estuviera haciendo en ese momento. Mirando la tele, lo más probable.

Si había que describir a Marco físicamente, tampoco podía decirse nada especial de él. No era ni flaco ni gordo, ni alto ni bajo. Era normal. “Pshhh... Pues normal” decía él mismo en las contadas ocasiones en las que se veía forzado a describirse. Su pelo no era ni rubio, ni pelirrojo, ni negro; era de un castaño claro de lo más comuncito, y como lo solía llevar corto, a veces ni siquiera era posible distinguir de qué color era. Sus ojos también eran castaños, “como los de todo el mundo” (según él); su nariz, común; su boca, común; sus orejas, comunes; sus manos, comunes; sus pies, comunes... No

tenía orejas de soplillo, ni boca grande, ni un diente de lata, ni pecas, ni lunares, ni ojos claros, ni un remolino gracioso en el pelo. Nada que lo distinguiera. Tenía un nombre que se prestaba a algún chiste fácil, quizás, pero desde tercero ya ninguno en clase hacía una broma sobre eso.

En fin, ése era Marco. Un chico común y corriente que, por designio del profe de conocimiento del medio, debía escribir un trabajo de fin de año-trimestre con Wayra. Wayra Choque. Boliviana.



La casa de Marco quedaba a tres calles de la escuela, así que para llegar a ella no necesitaba ni de un paseo en coche ni de un bus escolar. Llevaba una mochila en la que no había superhéroes, ni pins, ni chapas, ni dibujos, ni logos, ni pintadas, ni banderines, ni frases, ni nada. Era una mochila color verde oscuro, tan sencilla y básica que si se le hubiera caído al suelo, el barrendero de turno la habría recogido y la habría echado al bote de desperdicios, tomándola por un residuo más. Sus cuadernos y carpetas no estaban forrados de colores vivos, no tenían cromos ni pegatinas, ni (nuevamente) ninguna frase escrita con rotuladores de colores. Eran azules, y ya. Marco argumentaba que, para lo que los quería, eso bastaba y sobraba. No era un fan de la escuela,

por cierto. Como cualquiera que haya leído hasta aquí habrá supuesto, las clases también lo aburrían una barbaridad.

Era un alumno “normalito”, según sus profes. Se equivocaba en las divisiones donde lo hacían todos los demás; leía al ritmo que todos seguían, trabándose en las mismas palabras; dibujaba más o menos bien (o mal, según se mire); tocaba desastrosamente la flauta, como todos; y sabía chutar un balón decentemente, lo suficiente como para no ser el blanco de las burlas de nadie. Aunque, claro, con aquel perfil, *nadie* se preocupaba demasiado de su presencia en clase, ni en los recreos, ni en ningún otro sitio. Algo que a él no le molestaba lo más mínimo.

¿Qué hacía Marco con todo su tiempo libre, cuando no miraba la tele? Ah, ahí estaba el gran secreto. Marco soñaba despierto. Soñaba para sí, en privado, y jamás contaba lo que imaginaba. E imaginaba muchas cosas, sí. Estaba convencido de que, con todas las cosas que imaginaba, no le hacía falta ni charlar con nadie, ni jugar a nada, ni entretenerse con aparatos que no superaban de ninguna manera sus ensoñaciones. Los suyos eran sueños de calidad. De excelente calidad. Sueños en los que podían ocurrir cosas que ni siquiera en las mejores pelis pasaban. Sueños en los que sucedían aventuras que los libros no contaban, con seres que los videojuegos aún no habían inventado. Marco no compartía ese mundo suyo con nadie: para eso era suyo. Lo había creado él solito, a su medida. Allí era el único e indiscutible

protagonista: el más fuerte, el más inteligente, el más arriesgado, el más rápido, el más listo, el mejor de todos. Aunque también podía ser el más malvado, ruin y villano de los villanos concebidos por las mentes humanas. Podía ser lo que él quisiera, incluso un animal o una cosa.

“¿Una cosa?”. Ajá. Le apasionaba convertirse en cosas. Una espada que luchara sola, por ejemplo, o una estatua, o un libro mágico que hablara y contara secretos a sus lectores. Aquello era mucho mejor que ser un espadachín: a ése lo podían devorar los dragones, o atrapar los enemigos, pero... ¿qué monstruo iba a ser tan valiente de tragarse una espada filosa? ¿Qué enemigo quemaría un manuscrito que hablara y narrara los secretos del universo?

A Marco, la decisión inapelable e indiscutible del profe de conocimiento del medio no le movió un pelo. Escribir un trabajo de final de trimestre lo fastidiaba un poco, eso sí, pero tener que hacerlo con alguien más le daba igual. Aunque fuera una chica. Aunque fuera inmigrante. Aunque fuera el blanco de las bromas de medio curso.

¿Y sobre qué versaría el trabajo? A cada grupo le había tocado un tema distinto, y podían hacerlo como quisieran: con dibujos, como un cuento, como un *cómic*, como una canción o incluso como una obra de teatro... Marco y Wayra, Wayra y Marco tenían que escribir sobre «la inmigración en España».

Estaba claro que el profesor no se había esforzado mucho a la hora de elegirles el tema. No, no había derrochado imaginación, precisamente. En opinión de Marco, aquello estaba más que cantado.

Al terminar la clase, el chico se acercó a su compañera.

—¿Dónde quieres que hagamos el trabajo? ¿En tu casa o en la mía?

Wayra miró al suelo. No sabía qué contestar. Seguramente, Marco se iba a reír mucho si lo llevaba a su casa. Quizás contara a los demás que vivía en un apartamento minúsculo y casi vacío. Se encogió de hombros.

—No sé...

—Pues si quieres vienes a la mía, aunque mis hermanos no nos van a dejar hacer nada... Están todo el tiempo quejándose, o gritando, o corriendo, o haciendo ruido, o peleando...

Con semejante panorama, la chica pensó que eso era como meterse en la boca del lobo. Y de los dos males, eligió el que le pareció más soportable.

—Bueno, lo hacemos en mi casa, pues...

CAPÍTULO 4

—Wayra, pórtense bien, ¿vale? Ya sabes que vuelvo a las nueve...

—Ya, mamá...

—Si necesitas cualquier cosa, golpeas la puerta de la vecina Elvira, ¿vale?

A Vali se le había pegado la palabra española «vale». La usaba en todo momento. Su hija asintió.

—Ya, mamá...

—Si tu amigo quiere tomar algo, hay leche en la nevera, ¿vale?

—Ya, mamá...

—Adiós, hija...

—Adiós, mamá...

Marco miraba la casa, atónito. ¡Aquello sí que era pequeño! ¡No había tele, ni equipo de música, y aquella niña no tenía habitación propia, ni cama, ni escritorio, ni ordenador, ni nada! ¡Y la nevera era para gnomos! Aunque, claro, con el tamaño de esa cocina, una nevera normal no hubiera cabido.

—Vamos a tener que hacer el trabajo aquí, en la mesa —le dijo Wayra, arrancándolo de su asombro. No había muchas más posibilidades que esa tabla redonda que ocupaba la mayor parte del centro del salón, y en la que la familia cenaba, planchaba, escribía o preparaba la comida.

—Vale, por mí está bien... Oye, ¿qué es eso?

El chico señalaba al Ekeko.

—Un Ekeko.

Marco se acercó al muñequito.

¡Hola, amigo!

—Eque... ¿qué?

Ekeko, hombre, Ekeko... No es tan difícil: son tres sílabas bien sencillitas...

—Ekeko.

«E-que-co» repitió Marco.

Eso es... ¿Ves? No es tan complicado. Ya sabes una palabra nueva.

—¿Y qué es?

—Un muñeco de cerámica.

Bravo, imilla... A eso llamo yo «pasar de dar explicaciones»

Al Ekeko también se le habían ido pegando algunas expresiones españolas, de tanto oírlas en boca de los padres de la casa.

—Eso ya lo veo... ¿Por qué tiene todas esas bolsitas y cosas atadas, eh?

Wayra resopló.

—¿Vamos a hacer el trabajo de conocimiento del medio o qué? —dijo, haciendo gala de un carácter que en nada se parecía a su habitual timidez. Marco pareció encogerse un poquito.

—Sí, vale... Yo sólo quería saber...

—Ya, ya, lo que es un Ekeko. Pues es un muñequito que tenemos en las casas, en Bolivia. Le pedimos deseos para que los cumpla. Cada cosita que le atamos es un deseo.

Marco quedó boquiabierto.

—¡Venga ya! ¿Y los cumple?

Claro, amigo... Bueno, los que saben su oficio sí. En mi caso...

—Casi nunca...

...casi nunca.



—Entonces, ¿para que lo tienes aquí? —preguntó el chico, que todavía no entendía muy bien de qué iba toda esa historia.

Para asfixiarme con cigarrillos baratos todos los viernes.

—Bueno, es una costumbre de Bolivia, ¿sabes? Hay Ekekos que conceden los deseos —explicó Wayra, levantándose de la silla y aproximándose a su compañero y al muñeco—. Pero éste está desganado últimamente...

—¿Desganado?

—Ajá... No cumple deseos...

Marco lo miró, interesado.

¿Qué miras? ¿Nunca viste un geniecillo de la fortuna que no sabe hacer su trabajo? Pues aquí lo tienes.

—Entonces, ¿cada cosita que le atas es algo que quieres que te dé?

—Sí.

—Pues mira: a mí, el Ekeko este me parece un poco aburrido... O cansado...
Algo de eso hay, hijo...

—Pues le damos de fumar, de comer y de beber todos los viernes...

No le hagas caso. En realidad me torturan. Yo lo que quiero es que me pongan música.

—¡Hala! ¿Todo eso?

—Sí. Así se hizo siempre.

—¿En Bolivia?

No. En la China. ¿En dónde, si no?

— í... En Bolivia —suspiró Wayra.

—Pues quizás quiera otra cosa... —dijo Marco, tras quedarse un rato pensativo.

—¿Cómo que otra cosa? Los Eekos fuman, beben, comen y cumplen deseos. Y ya.

—Bueno, pues éste puede querer otra cosa, y no te lo puede decir...

—Ya, claro que no me lo puede decir —replicó la chica, burlándose de aquella afirmación tan obvia—. ¿Y qué otra cosa podría querer?

—No sé... Que le des una ducha porque huele mal...

Wayra soltó una carcajada.

iNo huelo mal...! Y tú, ¿por qué te ríes?

—...o que le rasques la nariz porque le pica...

Hombre, eso sí... Eres un chico inteligente... ¡Deja ya de reírte así, niña!

Wayra se desternillaba.

—¿Sabes? Puede que tengas razón... En Bolivia cumplió algunos deseos...

—Quizás los cumpla sólo en Bolivia.

—No, porque a la vecina de al lado, que también es boliviana y tiene un Ekeko, sí le concede todo lo que pide.

Lo que necesito es musiquita, pues... Para inspirarme...

Marco meditó un poco. Su imaginación volaba. En su mundo privado, él se había convertido en un Ekeko. Había cosas que le gustaban y otras que no.

—Bueno, ¿nos ponemos a hacer el trabajo? —volvió a preguntar Wayra.

El chico ni la escuchó. Seguía soñando despierto. Sí, era un Ekeko. Fumar no le gustaba: le daba ganas de toser, y el humo le provocaba estornudos. Pero claro, no podía hacer ni lo uno ni lo otro. ¡Vaya horror! «Marco... Hey, Marco...» lo reclamaba Wayra desde el mundo real, pero él no quería volver. Estaba muy a gusto en su universo ekékico. Le gustaba escuchar las conversaciones, y oler el aroma de los guisos, y ver la tele. Sobre todo eso: era un Ekeko muy fan de la tele.

—¿Hay algo que hayan dejado de hacer en tu casa antes de que el Ekeko dejara de ser milagroso? —preguntó.

—No es milagroso —protestó Wayra—. Sólo cumple deseos...

—Bueno, lo que sea. Ya me entiendes...

—A ver... ¿Dejado de hacer algo?

—Sí... Mirar la tele, por ejemplo.

—El Ekeko nunca vio nuestra tele. Él estaba en la cocina, y la tele en el salón.

—Ya... ¿Y otra cosa que hayan dejado de hacer?

La chica pensó. No, nada había cambiado. Aunque... El Ekeko había dejado de «funcionar» cuando su padre perdió el trabajo, en La Paz. En esa época empezaron las preocupaciones y las caras serias, los nervios y los silencios. Los silencios, largos e incómodos... Los silencios...

—Dejamos de escuchar música... —musitó Wayra. Su compañero chasqueó los dedos.

—Ahí lo tienes —dijo, al mejor estilo Sherlock-Holmes-solucionando-un-caso-y-dejando-asombrado-a-Watson.



—¿Y qué música escuchabas en tu casa de Bolivia?

Ya estaban sentados a la mesa, pero Marco se resistía a ponerse a trabajar. Aquel asunto del Ekeko lo había interesado, algo raro en él.

—Música boliviana.

—¿Y cómo es?

—Pues ya sabes: con *charangos*, y guitarras, y bombos, y *sikus*, y *queñas*... Grupos así como Los Kjarkas, o Kalamarka, o Proyección, o...

La cara de Marco era un monumento a la ignorancia en música andina.

—Ya, bueno, otro día te hago escuchar. Tengo algunos CDs.

—Pero no tienes un reproductor —señaló el chico.

—Ya lo noté. Por eso te los hago escuchar *otro día*. Ahora tenemos que hacer el trabajo, pues.

—Vale, vale... ¿Y cómo lo vamos a hacer?

—No sé... Yo puedo hacer dibujos, como dijo el maestro.

—¿Sabes dibujar?

Wayra se encogió un poco de hombros y sonrió, tímida.

—Alguito...

—A mí me da igual. Como tú quieras.

—¿Y tú, qué sabes hacer bien?

«Imaginarme historias y aventuras fantásticas» pensó Marco para sí.

—No sé... Nada...

—Bueno, algo tienes que saber hacer bien. ¡Todos sabemos hacer algo bien!

—No sé...

«Señor *no-sé*, lo voy a llamar» se dijo Wayra.

—¿...inventarme historias...? —insinuó Marco.

—Bueno, pues tú te inventas una historia y yo la dibujo, ¿ya?

—¿Una historia sobre «la inmigración en España»?

—Pues sí. De eso va el trabajo, ¿no?

El Ekeko no se perdía una sola palabra.

Eso de inventar historias está muy bien. Y Wayra sí que sabe pintar. Mira el mapa de Bolivia tan bonito que hizo... Éste, éste que tengo colgado aquí...

A Marco la idea no lo convencía. Aquello sería un aburrimiento. Esa niña no dibujaría ni por asomo las cosas tan bien como él las veía en su imaginación. *Ni-por-asomo*. Pero bueno, había que hacer ese trabajo, y cuanto antes se lo quitara de encima, mejor... Sacó de su mochila verde oscuro un puñado de folios y su estuche de rotuladores. Los ojos de Wayra brillaron. Hacía meses que no tenía marcadores como éstos y que tenía que reutilizar papel ya usado. Nada de hojas blancas y nuevecitas.

—Vale, pues ésta era la historia de un niño inmigrante... —empezó Marco.

—Buf, qué aburrido...

—Bueno, pues si quieres te inventas tú la historia.

—No, no, perdona.

—Es la historia de un niño que...

La imaginación de Marco no volaba. En verdad, aquel principio era como para hacer bostezar a las tortugas. Recorrió la habitación con la mirada, buscando una inspiración que no venía.

Y se encontró con el Ekeko.

A mí no me mires. Yo tengo menos imaginación que un muñeco de cerámica. Bueno, eso es lo que soy, pero sólo en teoría, claro... Bueno, tú ya me entiendes...

—No, espera, tengo una idea mejor. Esto era un muñeco inmigrante. Un muñeco que vino desde el otro lado del mar.

Aquello estaba mucho, muchísimo mejor. Wayra sonrió y empezó a dibujar. Y el Ekeko quería a toda costa hincharse de orgullo.



Marco se había transformado, en su mundo de ensoñaciones, en una cosa. Concretamente, en un muñequito de arcilla cocida, vestido de campesino, cubierto de alforjas y con poderes sobrenaturales. Bueno, un puñadito de poderes, nomás.

Le faltaban elementos, y eso era un problema. El muñeco seguramente hablaría en boliviano, y Marco no sabía cómo era eso. También le gustaba la música andina, algo que el chico desconocía por completo. Tampoco tenía idea de cómo olían las comidas bolivianas, ni qué programas había en la tele boliviana, o en la radio... Pero bueno, esos detalles se irían agregando después: lo más importante era tejer la historia principal.



Tenía los ojos entrecerrados, e iba contando lo que veía. Su compañera, para su asombro, ni se burlaba de él ni lo consideraba «un ente» aburrido. Por el contrario, aplaudía cada idea como si fuera la genialidad más grande del mundo mundial y alrededores. Y eso lo animaba a seguir, y le iba quitando su habitual talante huraño.

—El poder mágico del muñequito de cerámica se alimentaba de música...

—...y de cigarrillos, los viernes... —quiso aportar Wayra. Marco se desconcentró.

—Que no, que cigarrillos no...

—Pues eso dijo siempre mi abuela Carmen, que sabe mucho de Ekekos.

—Vale, pero ésta es *nuestra* historia, y en *nuestra* historia el poder del muñequito viene *de la música que escucha*... ¡No vamos a poner cigarrillos! ¡El profe se va a poner fino! ¡A ver si encima se enfada y nos suspende!

—Pero los Ekekos normales y corrientes no hacen eso que tú dices.

—Bueno, pues *éste* es uno *diferente*.

El Ekeko quería aplaudir, pero los brazos no se le movían.

—Es el Ekeko que nosotros queramos —continuó explicando Marco.

—Ya, ya... —Wayra rayaba el papel—. ¿Así está bien?

«Vaya, pues no dibuja tan mal» se dijo el chico, observando la imagen con ojos de crítico entendedor del asunto. «En realidad lo hace *muy bien*». Aprobó con un movimiento de la barbilla y volvió a hundirse en su imaginación.

—...pero un día no hubo más música y el muñeco se quedó sin poderes... Y la familia que lo tenía en su casa le pedía deseos y milagros, y quería que

solucionase sus problemas, pero sin música él no podía tener poderes, y sin poderes no podía hacer nada mágico...

—¿Y esa familia, qué le pedía? —cuestionó Wayra. Necesitaba más ideas para su dibujo.

—No sé... ¿Qué se le pide a un Ekeko?

—Pues lo que tú quieras... Comida, dinero, ropa, un coche...

—Entonces eso mismo.

—Pero eso no es interesante, ¿no?

No, no lo era. Y no tenía nada que ver con «la inmigración en España». Tenía que centrarse en el tema. Marco pensó fuerte, pero no se le ocurría nada. Justamente llegaba Marcos, con una cara de agotamiento que cansaba de sólo verla.

—Hola, hija...

—Hola, papá... Mira, éste es Marco.

—Ya, tu compañero... Te llamas casi igual que yo —le dijo, saludándolo con una sonrisa desvaída—. ¿Cómo va ese trabajo?

—Bien, pero ya se nos hizo un poco tarde.

—Podemos seguir mañana, si quieres. Puede que se me ocurran más ideas —apuntó Marco.

Quedaron para el día siguiente, a la misma hora en el mismo lugar. El Ekeko intentaba atisbar, con sus ojitos abiertos y redondos, el dibujo que había quedado encima de la mesa. Pero no lograba ver nada.

Wayra acompañó a su compañero a la puerta de calle, y luego subió. Se sentó a la mesa y completó el primer dibujo de aquella historia. Al rato se levantó con el papel en la mano y se lo puso delante al muñequito.

—¿Qué te parece, eh?

Bueno... Algo es algo... No es una obra maestra, pero se entiende que soy yo... Aunque... ¿tengo esa barriga?

La chica miró el folio una vez más, y luego se encaró con el muñeco.

—¿Y tú? ¿Eres un Ekeko diferente, como el de la historia? ¿Tu poder se alimenta de la música?

El Ekeko hubiera dado cualquier cosa por poder asentir.

S CAPITULO

—¿Y qué vas a pedir para Navidad?

—No sé... Me encantaría un reproductor de CDs, para poder escuchar música otra vez...

—Y para ponérsela al Ekeko...

—¿Otra vez? Eso es en *tu* historia, pues.

Estaban en el recreo, sentados en una grada del patio de la escuela. Un par de chicos de su misma clase pasaron a su lado.

—Tenga cuidado, señor... —le dijo uno al otro, con voz afectada—. No se *choque* con el *marco* de la puerta...

Los que estaban cerca rieron la gracia. Marco sintió que tenía ganas de comérselos. Y eso era algo nuevo en él. Jamás hasta entonces se había

molestado demasiado por una broma. Aunque lo cierto era que había hecho todo lo posible para evitarlas o esquivarlas.

—Esto era un chaval —empezó una historia en voz bien alta, entrecerrando los ojos y dejándose llevar por su imaginación— que había nacido sin cerebro. Pero como no podía vivir sin cerebro, se había sorbido un moco...

Wayra estalló en una de sus carcajadas más sonoras. Los que ya los rodeaban, prestando atención a la escena, corearon su risa.

—...un moco veeerde, pegajoooso, enoorme...

Al niño de la gracia se le había apagado la chispa. Empezó a ponerse muy serio. Y un poco morado.

—...y ese moco era su cerebro. Pero no funcionaba bien, y como no podía llevarlo a ningún taller de mocos para que se lo repararan, tenía que vivir con él así.

—Anda, cállate ya... —dijo el aludido. Los demás seguían riendo.

—Y el moco tenía un microchip, pero como estaba fallado sólo tenía dos frases dentro. Una era un chiste facilón, para fastidiar a cualquiera que se le cruzase en el camino. Y la otra la utilizaba cuando el fastidiado le devolvía el chiste, y era «Anda, cállate ya...».

—Mas te vale que cierres el pico, tío, porque si no... —amenazó el otro.

—Ah, pero el moco tenía un segundo microchip para casos de emergencia. Era el michochip de pegarle a la gente. Sólo funcionó una vez. Se le rompió cuando le devolvieron las hostias que él había soltado.

El aludido entendió que por aquel camino no iba a ninguna parte, e intentó otra cosa.

—Yo no me junto con inmigrantes —escupió.

—Yo sí —repuso el chico con simpleza. La discusión estaba zanjada. Confusos, los dos chavales «se retiraron del campo de batalla» (al menos así lo hubiera descrito Marco) y algunos de los espectadores se le acercaron para palmearle la espalda.

—Jo, macho, genial esa historia del moco —le dijo uno.

—De alucine... —le dijo otro—. Podrías escribirla, ¿no? Ganarías todos los premios de cuentos, vamos...

—Y eso de que te juntas con inmigrantes estuvo muy bueno —señaló un tercero.

—Ya, es que no me queda otra... —repuso Marco. Wayra alzó una ceja, molesta. ¿Y eso? Todos se quedaron en silencio, mirándolo.

—Es que mi padre es un inmigrante italiano —explicó el chico—. Y si no me junto con él no viviría en casa, ¿no?

La tensión de aquel momento se aflojó. «Mi mamá también es inmigrante. Es de Argentina» dijo una niña. «Y mi papá es francés» informó otra. «Mi abuelo estuvo en Cuba un montón de años» agregó un tercero. Y así, todos intentaron demostrar que tenían alguna raíz fuera de aquel suelo.

—¿Y sabes decir algo en italiano? —le preguntó un compañero a Marco. Se había armado un corrillo interesante.

—Sí... —Y aquí Marco se puso de pie, arrugó el ceño y puso voz gruesa—. *Porca miseria!* —declamó teatralmente.

Entre risas, alguien preguntó qué quería decir eso.

—¡Y yo que sé! Lo dice mi papá cuando ve el fútbol y le meten un gol a su equipo preferido, que es la Juve.

La mitad de aquel grupo empezó a discutir las fortalezas del Madrid y del Barça y las debilidades de los equipos extranjeros. Una niña, cercana a Wayra, le preguntó:

—¿Y en tu país se habla otro idioma, como en Italia?

La muchachita sintió que se moría de vergüenza y timidez, pero sacó fuerzas vaya a saber de dónde.

—Sí y no... Bueno, se habla español, pero también dos o tres idiomas indígenas.

—¿Indígenas? ¿Esos que van con plumas y flechas, como en las pelis de la tele?

—No, esos son otros... En Bolivia no van con plumas ni nada. Pero hablan su lengua, y cantan sus canciones, y así.

—Di algo en indígena, a ver... —propuso otra.

—No, la lengua no se llama «indígena» —intentó explicar Wayra—. Una de ellas se llama quechua, y la otra aymara. Y hay otra que se llama guaraní, me parece, pero de ésa no sé nada.

—Bueno, pues di algo en checua...

—Quechua.

—Eso, quechua.

—Ama sua, ama llulla, ama quella —recitó Wayra. Las chicas que la rodeaban la miraron, intrigadas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Es como un consejo. Quiere decir que no robes, ni mientas ni seas flojo.

—¿Flojo?

—Sí, flojo... Perezoso, vago...

—Uy, eso se parece a lo que me dice siempre mi mamá. Que no sea vaga ni diga mentiras —exclamó una.

—Anda, y si te pillan robando ni te cuento... Una vez me quedé con el cambio de una compra y no veas la que se me armó... —dijo otra—. Oye, y en la otra lengua de ésas, ¿sabes decir algo?

—¿En aymara? Sí... A ver... —hizo memoria Wayra—. Guagua... Guagua...naka...mapj...tua —pronunció con esfuerzo.

—¿Eso es una palabra? —inquirió la de la pregunta, asombrada por lo difícil que sonaba.

—Es una frase. Quiere decir «Somos tus hijos». Es el título de un disco de uno de mis grupos bolivianos preferidos.

El asombro era general.

—Jo, qué difícil...

—Hay un montón de palabras aymara que se usan siempre en La Paz, en Bolivia. Mi apellido es aymara.

—¡Hala! Con razón es tan raro... ¿Y qué quiere decir?

Wayra se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero sí sé que mi nombre, en quechua y en aymara, quiere decir «viento».

—Es bonito. ¿Y en los dos idiomas se dice así, igual?

—Sí... —La niña se sentía bien recordando el significado de aquellas palabras, y siguió contando cosas de su país—. En la escuela, además del español, nos enseñan el quechua o el aymara. Bueno, nos enseñan *un poquito*. Y hay canciones bolivianas cantadas todas en esas lenguas.

—Uy, pero no se entenderá nada —alegó una.

—Bueno, yo tampoco entiendo las canciones en inglés y no por eso dejan de gustarme, ¿no? —afirmó otra. Todas asintieron, dándole la razón. Además, si en Bolivia se hablaban esos idiomas, la gente de allí entendería las canciones, pensaron. Y no estaban muy lejos de tener razón.

Así estuvieron charlando hasta que acabó el recreo. Cuando volvieron a clase, Marco llevaba alrededor a un puñado de sus compañeros. Iba improvisando una historia fantástica. Fantástica.



—Pues no se me ha ocurrido ninguna idea para el trabajo —confesó Marco aquella tarde. Estaban sentados a la diminuta mesa redonda del diminuto salón de la diminuta casa de Wayra.

—Yo pensé algo.

—A ver...

—Puede que no sea bueno, ¿ya?

—Vale, vale, a ver...

—Es solo una idea.

—Ahhhh —gimió el chico—. Pues dila, a ver...

—Pues que quizás le pudieran pedir al Ekeko, como deseo, un viaje.

—Un viaje —replicó Marco, nada convencido.

—Sí.

—¿Un viaje adónde?

—Bueno, no sé... ¿De vuelta a su casa?

—¿A qué casa?

Wayra perdió la paciencia. Se levantó, fue hasta el Ekeko y señaló el mapita de Bolivia que el muñequito llevaba colgando.

—¿Ves eso? Ése es mi deseo. Un viaje. Volver a casa.

Segurito que ahora lo entiende, imilla... Con esos modos...

Marco se levantó y examinó la silueta recortada y coloreada. No entendía nada.

—¿Eso es Bolivia?

—¿Es que nunca has visto un mapa? ¡Claro que es Bolivia!

—¡Y yo qué sé! Bastante tengo con saber que el mapa de Italia es como una bota. Bueno, y tu deseo es...

Wayra suspiró, fastidiosa.

—Volver a casa.

—Pero *ésta* es tu casa.

—No, mi casa está en Bolivia, con mi familia y mis amigos.

El chico se hacía un lío.

—Ya... Y tú quieres irte con ellos.

—Sí... Extraño a mi familia.

—Pero puedes ir a verlos de vez en cuando, y luego volver aquí, ¿no?

—No es lo mismo.

—¿No...? Vale, pues en la historia nuestra hay una familia que le pide un viaje, y el Ekeko no se lo concede. ¿Está bien así?

—Sí, está bien. —Wayra volvió a la mesa y se puso a dibujar aquella escena. Marco siguió mirando el mapa colgado del Ekeko. Pensaba.

—Puede ser la historia de una familia de Bolivia que le pidió al Ekeko, como deseo, venir a España. Y todos vinieron, y se convirtieron en inmigrantes. Pero como no tenían un reproductor de CD en España, no le pudieron poner más música y el muñequito se quedó sin poderes...

Wayra asentía.

—...y cuando quisieron pedirle otro viaje para regresar a su país, el Ekeko no se lo pudo cumplir. Y la familia no sabía que el poder del Ekeko estaba en la música que escuchaba, ¿te parece bien?

—Sí, está bien. ¿Y luego?

—Hmmm... Pues no sé... ¿Se olvidaron del deseo y se quedaron aquí?

La chica no estaba del todo convencida.

—O quizás un día le pusieron música, y el Ekeko recuperó los poderes, y se volvieron a su país.

—No sé... Voy a dibujar eso que me has dicho, mientras tanto...

Marco seguía pensando.

—Oye, ¿y por qué vinieron tus papás y tú a España?

—Porque en Bolivia no había trabajo, y aquí sí.

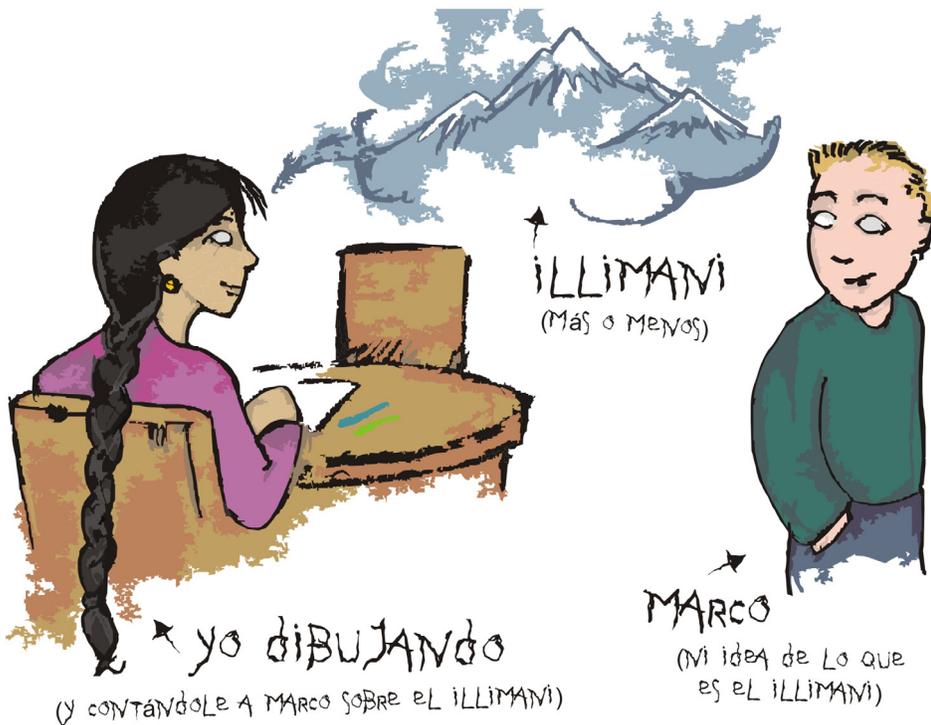
—Ya... ¿Y ahora sí hay trabajo en Bolivia?

—Pues no. Dicen mis hermanos y mis abuelos que las cosas siguen mal.

—¿Y entonces por qué quieres regresar?

Wayra resopló.

—Porque echo...



—...de menos a tu familia. Sí, ya me lo dijiste. ¿Y por qué no le pides al Ekeko un viaje para que tu familia venga aquí? —planteó Marco. Aquello le sonaba más lógico. A su compañera no.

—Porque también echo de menos mi casa, y mi escuela, y La Paz, y el Illimani, y el río Choqueyapu...

—Ya, y eso no lo puedes traer, ¿no?

—Eres listísimo.

—Sí, eso dicen... Oye, ¿qué es el Illimani?

—Un cerro todo nevado que se ve desde cualquier sitio de La Paz. Es bien bonito, pues...

—En el pueblo de mi papá había un lago. «*Lago di Como*», se llama en italiano. Mi papá siempre habla de él. Supongo que también lo echará de menos...

—Pues claro... ¿Tú no echarías de menos Madrid, si te fueras a otro sitio?

—Hombre, no sé... Si estoy a gusto en el otro sitio, pues quizás no. ¿Tú estás a gusto aquí?

—¿Tú lo estarías si vivieras como vivo yo? —preguntó Wayra, casi enfadada. Marco miró a su alrededor, evaluando la situación, y se quedó callado. No, él no estaría nada a gusto—. Pues eso —concluyó la chica.

—¿Y por qué no le pides al Ekeko que puedas a estar a gusto aquí? Y otro día, cuando haya trabajo en Bolivia, pues le pides un viaje para volver...

La chica no se lo había planteado así. No era una mala idea. Al fin y al cabo, había cosas que no se podían cambiar fácilmente. La situación en su país, por ejemplo. Mientras eso siguiera así, sus padres no volverían allá, ni ella tampoco. Si por el momento lo mejor era quedarse en España, tal vez lo más conveniente fuera intentar sentirse bien.

Confundida, Wayra se encogió de hombros y siguió dibujando. Marco se plantó delante del Ekeko, mirando cada detalle.

—Hola, Ekeko... Yo soy Marco...

Hola, Marco... ¿Puedes traer música un día de estos?

CAPÍTULO 6

—Hola, hija... Hola, Marco... —dijo Marcos, entrando al apartamento con un par de bolsas en la mano.

Los chicos saludaron. Estaban terminando los dibujos y la historia que habían creado hasta aquel momento.

—Oye, Wayrita, podríamos invitar a Marco a cenar mañana, ¿qué te parece? Acabo de conseguir un corazón para hacer *anticuchos*. Y la vecina nos regaló unos *locotos* para preparar *llajwa*...

Marco no entendía nada. Y no estaba seguro de querer comer cosas que no conociera ni entendiera.

—¿Quieres? —le preguntó la chica. Su compañero asintió, inseguro—. Ya, pues le avisas a tus papás que mañana te quedas con nosotros.

—Vale... —Marcos se metió en la cocina, y el chico aprovechó para preguntarle a Wayra de qué se trataba aquel plato.

—Pues los *anticuchos* son unas brochetas de carne asada. Son muy ricos.

—¿Y por qué tu papá dijo algo de corazón?

—Porque son brochetas de carne de corazón.

—¿Corazón de qué? —preguntó el chaval, con una mueca de angustia.

—De señor... Mi papá va por ahí asesinando señores para comernos su corazón en trocitos ensartados en un palillo —dijo Wayra, poniendo su mejor cara de Jack el Destripador. Los ojos de Marco querían salirse de las órbitas—. De vaca, tonto. ¿De qué va a ser, si no?

—Vale, vale... ¿Y lo otro que dijo?

—¿La *llajwa*? Es una salsa picante hecha con tomate y *locoto*, que es como un pimentito seco y molido...

—Jo, eso sí que me gusta... ¿Es tan picante como la comida mexicana? ¿Como los tacos con salsa tabasco?

—Ah, pues no sé, nunca comí de eso... Pero la *llajwa* pica mucho, sí. Casi quema...

—¡Guay! Vale, pues me apunto. Ahora tengo que irme, que si no mis padres van a pensar que me fui a Bolivia. —Wayra rió, imaginando a su amigo perdido

en medio de La Paz. El chico recogió sus cosas y se despidió de Marcos. Y del Ekeko.

—Adiós, señor... Adiós, Ekeko...

Adiós, amiguito... Disfruta esta noche de tu lengua, porque mañana se te va a caer... Llajwa... Brrrr...



—¿Tú crees que si intentara estar mejor aquí, me gustaría quedarme en Madrid? —le consultaba Wayra al Ekeko.

No sé, imilla... Soy un Ekeko, no un adivino de futuros...

—Los chicos en la escuela dicen que en el centro de Madrid hay parques muy bonitos. Hay uno que se llama el Retiro, que es muy grande, dicen, y con muchos árboles, y uno puede andar en bici o correr o jugar en el pastito...

Suena bien, ¿no? Si un día vas allí, podrías llevarme contigo.

—...y que hay un zoo enorme, y parques de atracciones, y avenidas, y restaurantes, y hamburgueserías, y librerías... Y Dolores, la hija de la vecina Elvira, dice que como aquí en España hay tantos bolivianos, pues que hay

supermercados y tiendas donde venden comida de allá. *Quinua*, y *llajwa*, y *locotos*, y *papas* de muchos tipos, y hasta *olluquitos*...

Ya ves... Si no fuera porque aquí creen que la hoja de coca es una droga, sería perfecto.

—Y dice que aquí en España hay muchas comidas muy ricas, españolas... Dice que ella ya las ha probado, y que están buenas de verdad.

Pues puedes hacerme probar algo de eso, algún viernes, en vez de ponerme esas porquerías que me pones, que ya me tienen aburrido.

—Y si nos va mejor aquí podríamos tener un apartamento un poco más grande. Un poquito nomás, ¿sabes? Y podrían venir de Bolivia Ale y Tere, ¿no? Y otro día, si nos sigue yendo bien, podríamos ir a visitar a los abuelos a La Paz...

Como plan, no está mal. ¿Qué deseo tengo que cumplir, entonces?

La chica desprendió, despacito, el mapita de Bolivia de las alforjas donde estaba prendido.

—Tú haz que les vaya bien en el trabajo a mis papás, ¿ya?

Ya. Y tú ponme música de una buena vez.



Marco llegó a la tarde siguiente con una sonrisa de oreja a oreja. Con aire misterioso, colocó su mochila sobre la mesa de siempre y sacó de su interior un *discman* y unos altavoces pequeñitos, de esos que se usaban para escuchar música en los ordenadores. La cara de Wayra era para ponerla en una enciclopedia, en la entrada correspondiente a «Asombro». Así, con «A» mayúscula.

—¡Hoy vas a poder escuchar música! —declaró Marco, abriendo los brazos como un actor de teatro. Aquello era más que obvio, pero al chico le gustaba hacer ese tipo de anuncios grandilocuentes y espectaculares.

—¿Tus papás te dejaron traer eso?

—¡Claro! El *discman* es mío, y los altavoces, de mi hermano mayor. Y mi papá me dijo que sí, que por supuesto, que cómo no iba a poder traerlos...

—¿Podemos poner música ya...? —pidió Wayra, que no paraba quieta y tenía ganas de correr, saltar, aplaudir, llorar y gritar de alegría.

—No, mejor terminamos primero el trabajo y después ponemos tus CDs, ¿vale?

—Bueeeeno... —aceptó la chica, un poco desilusionada—. ¿Se te ocurrió alguna nueva idea?

—Por supuesto... ¿Quién es el mejor contador de historias imaginadas de Madrid y demás ciudades de España? ¿Eh? —Wayra alzó una ceja y sonrió, como queriendo bajarle un poco los humos a su compañero.

—¿Quieres que te haga una estatua, o mejor me la dices y terminamos?

—La estatua no estaría mal, no... Que sea grande y de bronce, por favor... —Wayra le dio un empujoncito suave—. Vale, vale... Pues la familia de nuestra historia le pedía un viaje de regreso a casa al Ekeko, pero no le ponía música, ¿sí? Y para cuando se la pusieron, estaban tan a gusto en España que ya no querían ese viaje, sino uno para que su familia viniese a España. Y el muñequito les hizo realidad el deseo, y todos vivieron aquí. Y ya.

—¿Y ya? —dijo Wayra, arrugando la nariz.

—Sí... ¿Qué te parece?

—Bueno... Dejando de lado que eso que estás contando podría ser la historia de mi familia...

—...contada con mucho arte e imaginación, y desde el punto de vista del Ekeko...

—...pues que no veo... que no sé si nos va a servir para el trabajo de la escuela. Para conocimiento del medio, quiero decir.

Marco no había pensado en eso. Tal vez la chica tuviera razón.

—Bueno... ¿Y qué podemos decir de «la inmigración en España»?

—No sé, algo de lo que hemos visto en clase, ¿no?

—Mira, a mí las clases me aburren cantidad...

—Ya, me lo imagino. Yo lo que digo es que el trabajo tiene que tener algo que ver con lo que nos han explicado en clase.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Bueno, quizás contar cómo consiguió la familia sentirse bien en España y las cosas bonitas que encontraron en su nuevo país.

—¡Vale! Descubrieron la tortilla... Y el flamenco... Y los toros... Y el pasodoble... Y los bocatas de calamares... Y la Plaza Mayor... —iba sumando Marco, echando mano de los tópicos más tópicos de la península ibérica.

—No sé si todas esas cosas son bonitas... Pero bueno, si a ti te parece bien... De esa parte te ocupas tú, ¿ya?

—Vale. Quizás me lo piense un poco más y decida que descubran otras cosas...

Se pusieron manos a la obra, y para cuando llegó Marcos, el trabajo de conocimiento del medio estaba terminado.

—Mira, papá, ya acabamos.

—Ah, pero qué bien... ¿Pediste permiso para cenar con nosotros en tu casa, Marco?

—Sí. No hay problema.

—Muy bien. ¿Puedo echarle un vistazo a ese trabajo de ustedes, hija?

La chica se lo alcanzó. El hombre empezó a hojearlo. Su cara pasó de estar cansada a iluminarse con una sonrisa triste.

—Esta historia me suena conocida... —murmuró.

Siguió leyendo, perdiendo sus ojos oscuros en los dibujos de su niña y en las palabras escritas por aquel muchachito que no separaba su vista de él, expectante. Para cuando terminó, devolvió el trabajo a Wayra y suspiró.

—El trabajo está hermoso, chicos, sobre todo porque está escrito como si el que contara la historia fuera el Ekeko. Pero...

—Pero... —dijeron los dos chicos a la vez.

—...al relato le falta algo.

—¿Qué le falta, papá?

—No basta con que uno haga por estar bien en su nuevo país, Wayra... — reflexionó el padre, quizás pensando en voz alta—. No basta con descubrir o que te enseñen las cosas lindas que hay en tu nueva tierra, ¿sabes? También hace falta que la gente que vive en ese país te abra las puertas y se interesen por ti, aunque sea un poquito. De esa forma vas a sentirte realmente en casa, y dejarás de echar tanto de menos tu propia tierra. Si le agregan eso, creo que el trabajo quedaría redondo.

—Pero... yo siempre voy a echar de menos nuestra tierra, papá...

—Sí, hija, eso siempre. Es natural. Es lógico. Y hasta te diría que está bien. Pero si extrañas tanto tu tierra natal como para no ver lo bueno que tiene tu nuevo país, entonces tienes un problema. Si la gente de ese nuevo país te ayuda a que te enamores de la tierra en la que vives, y se interesa por ti, por quién eres y de dónde vienes, pues poquito a poquito te vas a ir despegando de los recuerdos del pasado. No los vas a olvidar nunca, pero te van a doler menos...

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo! —gritó Marco, señalándose la cabeza como si adentro se le hubiera encendido la famosa lamparita de las grandes ideas y deseara que todos se dieran cuenta de ello—. Hay que corregir dos hojas, nada más...

—Pues ustedes corrijan, que yo voy a cortar el corazón para los *anticuchos*, así cuando llegue tu madre los prepara, ¿ya? —dijo Marcos.

Mientras fileteaba la carne en la minúscula cocina, el hombre escuchaba a su hija y a su compañero trabajando en el salón, allí, a tres pasos. Se había dado cuenta de que esa historia dibujada no era otra cosa que la narración de la tristeza interior de su hija, esa niña tímida que no sabía expresar con palabras lo que sentía. Su compañero, de alguna forma, había conseguido captar esa tristeza y escribirla, algo que no habían logrado ellos como padres. Y

entendió que deberían prestar más atención a su niña, a pesar de los graves problemas y el cansancio con los que tenían que lidiar día a día. Porque, al fin y al cabo, el dolor que sentía Wayra era el mismo que padecían ellos: nostalgia por Bolivia. Era el dolor que debían soportar todos los inmigrantes, fueran de donde fueran y estuvieran donde estuvieran. Como adultos, Vali y Marcos tal vez habían sabido cómo hacer frente a ese asunto desde el principio. Pero su hija, aunque empezara a entenderlas, todavía era muy chica para manejar ciertas cosas. No obstante, Marcos se acababa de dar cuenta de lo mucho que Wayra había aprendido durante los últimos meses y de lo mucho que ella se había esforzado para superar los difíciles momentos que todos estaban atravesando.

«La familia boliviana invitó a comer *anticuchos* y a escuchar música andina a unos españoles... Y ahí se hicieron amigos... Y los españoles los invitaron después a comer paella y a escuchar música de aquí, ¿vale? Y desde ese momento, todas las semanas se juntaban e iban descubriendo cosas nuevas unos de otros. Y así fue como la familia boliviana se enamoró de España» dictaba Marcos. «Y los españoles conocieron un poquito más sobre Bolivia» agregaba Wayra.



Marco miraba, con los ojos como platos, cómo Vali asaba los *anticuchos*. Ponía lascas de corazón sobre una plancha, y las rociaba con un líquido especial que llevaba aceite. El aceite se encendía al contacto con el metal caliente y se alzaba una llamarada intensa y enorme. «¡Hala!» exclamaba el chico con cada fogonazo. «Ahí va, ahí va otra vez... ¡Haaaala, ésa sí que fue bestia!» decía. Wayra lo arrancó de aquel sitio y se lo llevó, casi a rastras, al salón. Quería poner música de una buena vez. Sacó el CD de Los Kjarkas que le regalara su hermano en el aeropuerto de El Alto, mientras Marcos ayudaba al chico a enchufar el *discman*.

Y hubo música en esa casa.

Por fin... se dijo el Ekeko. Sonaba una *saya*, un ritmo que era mezcla de tambores africanos y flautas bolivianas. El muñequito quería mover las piernas al compás, pero no podía, así que se conformó con escuchar. Sentía que el poder de los Ekekos volvía, como en la historia de los chavales, a su cuerpecito de arcilla cocida.

¿Qué deseo tengo que cumplir? ¿A ver? Vengan, pídanme cosas, que hoy me siento poderoso... Soy un super-Ekeko cumplidor de deseos... Vengan, venga,n acérquense y pidan...

—¿Oyes? Eso es un *siku* —explicaba Wayra.

—Un *siku*... Ajá... ¿Y eso cómo es?

—Es una flauta hecha con muchos tubitos de caña cerrados por abajo y abiertos por arriba... —apuntaba Marcos.

—¿Y eso es otro *siku*? —decía el niño, señalando otra parte de la melodía.

—¡Noooo! ¿Es que no tienes oído? —exclamaba Wayra—. Eso es una *quena*... Es como una flauta común y corriente.

—Ah, ya... Bufff... En música soy un nulo... ¿Y eso es una guitarra?

—Un *charango*, Marco —decía el padre de la chica—. Es como una guitarra pequeña, pero con más cuerdas.

—Los *anticuchos* están listos. ¡A la mesa! —anunció Vali.

Todos se sentaron, mientras Los Kjarkas seguían sonando. A Marco le colocaron una brocheta en su plato, y un vaso de agua a mano. En el centro de la mesa pusieron un cuenquito con una salsa roja que tenía el aspecto de ser fuego líquido.

—Puedes ponerte cuanto quieras, Marco —dijo Vali—. Pero lo mejor es que empieces probando unas gotitas, porque es muy fuerte.

Yo que tú no lo haría...

Marco sacó una lasca de corazón de su pincho y mojó la puntita en el cuenco. Luego se lo metió a la boca.

Yo te avisé.

Los demás dejaron lo que estaban haciendo en ese momento y lo miraron, a la expectativa.

Ahora se nos muere.

El chico masticó, tragó y no hizo ningún gesto extraño.

—Esto no pica nada... —fue todo lo que dijo, y siguió remojando fetas de corazón asadas en *llajwa* como si tal cosa, y comiendo con un apetito envidiable—. Eso es un *siku*, ¿no? —preguntó con toda naturalidad.

—Sí, es un *siku*... —repuso Wayra contenta, ahogando casi sus *anticuchos* en el cuenquito de salsa.

Este chico me gusta... Está aprendiendo...



El trabajo de conocimiento del medio fue todo un éxito. Tanto, que el profesor pidió a Wayra y a Marco que lo presentaran en clase. Y allí arrancó muchos aplausos y felicitaciones. Los nuevos amigos de Marco, que se embelesaban con las historias que el chico se sacaba de la manga o la chistera en cuestión de minutos, reconocieron en el texto la inventiva de su compañero. Y todos aprendieron algunas cosas sobre Wayra y su tierra de origen. Se morían de curiosidad por saber a qué sabían los *anticuchos* y el resto de los

platos bolivianos: Marco se había encargado de hacer circular el relato de su velada en casa de la familia boliviana, de lo buena que le había estado la comida, de su curioso modo de preparación, de los poderes mágicos del Ekeko y de la música de Los Kjarkas, con su orquesta de flautas rarísimas y los instrumentos de cuerda y los bombos y demás parafernalia musical.

—Oye, que me ha dicho mi padre que te vengas a cenar con nosotros el fin de semana, ¿sabes? —le dijo Marco a su amiga durante el recreo.

—Bueno, yo encantada... ¿Tu papá va a preparar comida italiana?

—¡Qué va! Mi padre no sabe hacer ni un huevo frito. La que cocina es mi madre, con suerte. Pero no sé lo que va a hacer, así que te vas a tener que arriesgar.

—¿Quieres que lleve un CD de los míos?

—No, no, no... Te toca clase de música de aquí...

7 CAPÍTULO

—¡Mira, mira! —gritó Wayra, arrastrando a Marco desde la puerta de entrada a la estantería en donde estaba el Ekeko. En el estante de abajo, a los pies del muñequito, había un pequeño reproductor de CD con radio y una casetera sencilla. Sonaba música.

—¡Jo, qué buen regalo te trajo Papá Noel!

De los mejores...

—El Ekeko tiene que estar felicísimo... —dijo el chico, mirándolo.

¡Esto es vida!

—Pero esto no es lo mejor... A mi papá le han dado un trabajo de capataz en la empresa de construcción, así que ahora gana un poco más.

¿Ves...? Ya recuperé mis poderes...

—Uy... Eso es bueno, ¿no?

¿Cómo que «eso es bueno»? ¿Te olvidaste el cerebro en tu casa? ¡Por supuesto que es bueno, niño! ¡Es genial! ¡Uno de mis mejores trabajos!

—¿Y qué vas a hacer estas vacaciones, Wayra?

Irse a Hawai... ¿Tú que crees?

—¿Morirme de frío aquí dentro? —Ambos rieron—. No, es broma. No sé, un par de niñas de la escuela me han invitado a sus casas.

—¡Toma ya! ¡Te estás volviendo popular!

¡Claro! Si es una imillita estupenda...

—Tonto... ¿Y tú, qué vas a hacer?

—Pues nada del otro mundo... Como mi padre también está de vacaciones, pues nos va a llevar a mis hermanos y a mí a dar un par de vueltas por Madrid. Y me dijo que te preguntara si querías venir con nosotros. Parece que le caíste bien...

—Sí, claro... ¿Y dónde vamos a ir?

—¿Y yo qué sé? A comer castañas asadas a la Puerta del Sol, o a ver los puestos de la Plaza Mayor, o al circo, o al cine... Un aburrimiento...

¿Y a mí, me llevan?

—Tú no sabes lo que es aburrirse... Ya, pues voy con ustedes. Mis papás seguro me dan permiso.

No, no parece que hayan pensado en llevarme... Los hice famosos, y ahora se olvidan de mí... Un día de estos me voy a poner en huelga...

—Ah, me olvidaba... Un viejo gordo con barba blanca y traje rojo me lanzó desde su trineo algo para el Ekeko —dijo Marco, extrayendo un paquetito pequeño del bolsillo. Wayra lo desenvolvió y sacó una botella de ron en miniatura.

—No creo que haya bebido de esto en su vida, así que vamos a ver si le gusta...

¿Qué es?

—Oye, que es para él, ¿eh? Ni se te ocurra bebértelo tú, a ver si te emborrachas.

No se lo voy a permitir, Marco... Pero ¿qué es?

—No, no, se lo dejo para él...

—Vale... ¿Y qué grupo estás escuchando hoy?

—Ah, éste se llama Kalamarka... Es música más moderna, así de sintetizadores y eso, pero con ritmo andino y flautas.

R-O-N... ¿Ron? ¿Qué es eso?

—Suena guay...

—¿A que sí?

Oye, Marco, ¿qué es esto que me has traído? ¿Se bebe, o es para limpiar ventanas?

—Jo, pues esto le gustaría a mi hermano, que está siempre con el chundachunda en las orejas.

—Ah, pues te presto el CD y puede hacerse una copia en su ordenador.

Gracias por prestarme tanta atención... No me queda otra que echarme un trago...

—Ah, pues quizás...

—¿Y a ti, qué música te gusta?

—Pues... Hombre, la del Señor de los Anillos está que flipas...

... sin que nadie me vea... A ver...

—¿La del Señor de los Anillos? ¿La música de la peli?

—Sí, está de muerte... Es una trilogía, ¿sabes?

—Sí, sé, pero no la vi.

—Hombre, pues puedes verla en casa. Mis padres me regalaron los tres DVDs para mi cumple...

Pues no está mal, ¿eh? Un poquito fuerte, pero mejor que el singani...

—...aunque la historia, claro, podría ser más original... Y los personajes también...

—Ya, ya... Seguro que tú la escribirías mejor, ¿no?

—Pues no sé yo, ¿eh? Quizás...

Está muy bueno, sí... Un par de tragos más no me van a hacer mal...

—¿Y de qué trata?

—Jo, pues es en la Tierra Media, que es un lugar como de leyenda...

E... es-to eshtá delicioso...

—¿Como las que me contaba mi abuela Carmen?

—¡¿Y yo qué sé qué leyendas te contaba tu abuela Carmen, Wayra?!

—Uy, te encantarían... Eran cuentos de cóndores con poderes, y pumas, y zorros astutos...

Eshta-ban mu, mu güenas las leiendas, sí-hic... Y este rom... roñ... ron... Este ron eshtá de lujo...

—¿Cóndores con poderes? —se interesó Marco.

—Sí... ¿Te cuento?

—Vale...

Tú cuéntale, imilla, que... que yo... me voy-hic a ir a dormí... Creo que no tengo que... que bebé tantito...



Pasaron dos años.

El Ekeko disfrutaba de una nueva «ceremonia de presentación». Y la que la llevaba a cabo, como siempre, era Wayra.

—Ésta es la cocina... ¿Mola, eh?

Sí... «Mola»...

—Y éste es el salón... Tu nueva casa...

Está muy bien... Lo mejor es que ya no tendré que compartirlo contigo...

—...y éste es el baño...

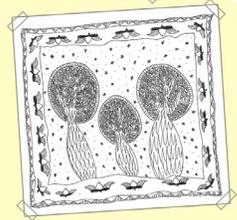
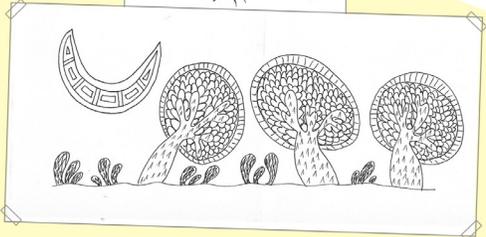
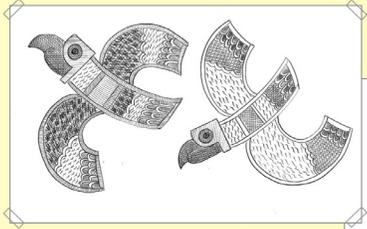
Ya no tendré que aprender a nadar. Es una buena noticia.

—...y la habitación de mis papás...

«Guay».

—...y ésta es mi habitación... Es pequeñita, pero toda mía... ¿Qué te parece?
¿No es flipante?

yo y el ekeko
↓
(en Mi mundo)



Las paredes de la habitación estaban llenas de dibujos hechos por la chica. Dibujos que representaban el universo andino que Wayra una vez conoció. Allí había cóndores, y vicuñas, y Ekekos, y montañas azules cubiertas de nieve, y lagos surcados por balsas de juncos, y enormes salinas, y flautas de caña.

¿Qué me va a parecer? Un sueño cumplido, imilla... ¡Felicitaciones!

—Y si viene Tere de visita, pues puede dormir conmigo... Y el Ale no quiere venir a España, porque se puso a trabajar, y tiene novia, y dice que prefiere quedarse allá... Y Tere dice que sólo viene a vernos un tiempo, y que después se vuelve, y que otro día vayamos nosotros para allá.

Así se hará, pues...

—Y mis tíos y mis abuelos dicen que las cosas están mejor, pero mis papás les contestaron que de momento piensan quedarse aquí, porque ellos están bien, yo ya estoy a gusto, y eso... Y que van a seguir mandando algo de plata para los chicos, pero no tanta, porque quieren ahorrar para tener un pisito aquí en las afueras de Madrid...

Así que nada de volver a Bolivia y comprarse un lote de tierra en El Alto...

—... así que nada de volver a Bolivia y comprarse un lote de tierra en El Alto, ¿sabes?

Sí, sé... ¿Me estaré volviendo adivino?

—Bueno, te dejo aquí en tu sitio, que todavía tengo que ordenar mi habitación, y luego tengo que ir a la Asociación Cultural Boliviana para clases de danza autóctona, y después prometí ir a casa de Marco a estudiar.

Dale mis saludos al pillo ese...

—Aquí te dejo tu botellita de ron, y un platito con *quinua* hervida... ¡Ah! Y en el cestito de aquí tienes unas hojitas de coca que le trajo un amigo a mi papá, de Bolivia... No se las muestres a nadie, ¿vale?

Ya... Venga, vete, que tienes mucho que hacer...

—Y mientras termino de recoger te pongo un poquito de música, que Ale me mandó el último CD de Tupay... Seguro que te gusta.

Claro... ¿Y a verte bailar danzas bolivianas, cuándo me llevas?

Wayra puso el CD en el reproductor y se alejó, arreglando su trenza renegrida.

Hmmmm... Me parece que me voy a quedar con las ganas...



Un año después.

Y otra «ceremonia de presentación».

—Bueno, pues aquí te vas a quedar, ¿vale? Ésta es mi habitación... No te enseñe el resto de la casa porque mis hermanos me dirían que estoy loco, mostrándole la casa a un muñeco.

Hay de todo en el mundo, ¿verdad, Marco?

—Cuando Wayra vuelva de La Paz el mes que viene, pues te llevo otra vez con ella... ¿Habrás que presentarte su casa otra vez?

No, no hace falta... Ya tuve el gusto...

—El tema es que no sé si acá podrás fumar, porque mis padres me llegan a ver con un cigarrillo y me crucifican... Así que vas a tener que aguantarte las ganas, amigo.

Ya te dije mil veces que no me gusta fumar, así que me vas a hacer un favor.

—Para beber tienes tu botellita de ron, y tus hojitas de coca en tu cestito. Oye, están muy secas...

No importa, a mí me valen.

—A ver si Wayra te trae hojitas nuevas de Bolivia.

Sería un detalle por su parte.

—Bueno, y ahora prepárate porque te voy a leer mi último cuento.

Horror...

—Con esa cara de felicidad que tienes, vas a ser el público ideal.

Socorro... Wayra... ¡Vuelve ya!

—«Había una vez un cóndor de negro plumaje y alas anchas...» —comenzó a leer Marco.

CAPÍTULO

→



Madrid. Veinte años después.

Otra «ceremonia de presentación». Pero la que mostraba la nueva casa era Lorena, la hija de Wayra, de tres años.

Lore, si no me sostienes con fuerza me voy a caer... Y a esta altura de mi vida no quiero romperme...

—Ésta es la cocina...

Wayra, ya estoy viejo para estos trotes... ¿Por qué no me presentas tú misma la casa, como siempre?

La mujer controlaba los movimientos de su hija, a su lado.

—Muéstrale *toda* la cocina, Lore... Que la vea bien...

—Vale, má...

Esto es un palacio...

—Ahora llévalo al salón y muéstrale todo también...

—Wayra, amor, ha llegado mi último libro... —anunció Marco.

—Será «nuestro» último libro —dijo ella con retintín.

No discutan y sáquenme de estas manitos, que me van a dejar caer...

—Sí, por supuesto... ¿Qué harían mis palabras sin tus dibujos, eh? Mira, mira que bonito ha quedado.

—Precioso... Esperemos que se lea mucho.

—Mujer, todos los otros han gustado bastante. Viejas historias de los Andes contadas con mucha imaginación y fantasía, y con excelentes ilustraciones. La fórmula perfecta, ¿no?

—Sí... Parece que a los niños les sigue apeteciendo saber qué es lo que hay al otro lado del mar.

—Bueno, déjame que yo me ocupo de Lore... Prepárate, porque si no no llegarás a tiempo a tus clases de danza boliviana... No querrás que tus alumnos te esperen, ¿no?

Marco, sálvame, amigo...

El hombre recogió al Ekeko de manos de su hija, terminó de presentarle la casa y lo puso en su lugar.

Gracias... Eres un colega...

—Lore, vístete que en un rato nos vamos a ver a la abuela Vali.

—¿Y al abuelo Marcos también?

—Claro, hija, al abuelo Marcos también... —La chica salió corriendo hacia su habitación. El hombre la vio irse, y luego se acercó al muñequito.

—Mira, amiguito... ¿Sabes quien es éste de aquí? —le dijo, mostrándole la tapa de su libro. Allí, en grandes letras de colores, brillaba el título.

«El Ekeko».

La portada era su retrato.

Guau... ¡Soy famoso...!

—Eres famoso, chaval.

¡Y que lo digas...! Me pregunto qué dirían los Ekekos en Bolivia si me vieran ahí.

—Tus amigos se morirían de envidia si se enteraran.

Pues sí... Y nadie se atrevería a recordar aquellas épocas en las que había perdido mis poderes.

—Pues nada... A disfrutar y a seguir trabajando como lo has hecho hasta ahora... ¿Hay trato?

Trato hecho, amigo... Tú sigue poniéndome música y evitándome los cigarrillos. Ya sabes que soy un Ekeko «diferente»... Además, a los protagonistas de los cuentos hay que tratarlos con el debido respeto. Sobre todo si sus retratos aparecen en las portadas.

De las alforjas del Ekeko colgaban saquitos de comida, billetes y algunas miniaturas, como siempre. Pero, sobre todas ellas, destacaban varios libritos diminutos con distintos títulos. Marco desprendió uno de ellos, en cuya tapita ponía precisamente «El Ekeko».

—Éste ya no lo necesitas.

No, ya no... Pues nada, ahora a por el próximo...

—¿Quieres que te lea un poco, para que veas como quedó? —dijo, enseñando el tomo que aún tenía en la mano.

Y bueno... Ya estoy curado de espanto... Anda, lee, que sé que te hace ilusión...

—¿Sí?

Que sí, que leas... Empieza ya, antes de que me arrepienta.

—Vale... Dice así.

«Cuando por fin le quitaron el gorrito de lana de la cara, el Ekeko pudo respirar nuevamente».

Me acuerdo de eso... pensó el Ekeko.

Y esbozó su mejor sonrisa de cerámica pintada.

